Imprimir

El primero Nobel postula que será necesario un programa integral para reducir la desigualdad de ingresos. Aconseja políticas monetarias que se centren en garantizar el pleno empleo. La legislación laboral debe mejorar la protección de los trabajadores porque hoy existe una economía plagada de poder de mercado y explotación.
La Covid-19 no ha sido un virus de igualdad de oportunidades: persigue a las personas con mala salud y aquellas cuya vida diaria las expone a un mayor contacto con los demás. Esto significa que **persigue desproporcionadamente a los pobres**, especialmente en países pobres y en economías avanzadas como Estados Unidos, donde el acceso a la atención médica no está garantizado.

Una de las razones por las que **Estados Unidos** se ha visto afectado por el mayor número de casos y muertes (al menos en el momento de esta publicación) es porque **tiene uno de los estándares de salud promedio más pobres de las principales economías desarrolladas**, ejemplificado por la baja esperanza de vida (más baja ahora incluso que hace siete años) y los niveles más altos de disparidades en salud.

En todo el mundo **existen marcadas diferencias en la forma en que se ha gestionado la pandemia**, tanto en lo que respecta al éxito de los países en el mantenimiento de la salud de sus ciudadanos y la economía como en la magnitud de las desigualdades que se muestran.

Hay muchas razones para estas diferencias: el estado preexistente de la atención médica y las desigualdades en salud; la preparación de un país y la resistencia de la economía; la calidad de la respuesta pública, incluida la confianza en la ciencia y la experiencia; la confianza de los ciudadanos en la orientación del gobierno; y cómo los ciudadanos equilibraron sus “libertades” individuales para hacer lo que quisieran con su respeto por los demás, reconociendo que sus acciones generaban externalidades. Los investigadores pasarán años analizando la importancia de estos varios efectos.

Lecciones

Dos países ilustran las posibles lecciones que surgirán. Si **Estados Unidos** representa un extremo, quizás **Nueva Zelanda** represente el otro. Es un país en el que un gobierno competente se basó en la ciencia y la experiencia para tomar decisiones, un país donde existe un alto nivel de solidaridad social (los ciudadanos reconocen que su comportamiento afecta a los demás) y confianza, incluida la confianza en el gobierno.

Nueva Zelanda ha logrado controlar la enfermedad y está trabajando para reasignar algunos recursos infrautilizados para construir el tipo de economía que debería marcar el **mundo pospandémico**: una que sea **más verde y más basada en el conocimiento, con mayor igualdad, confianza y solidaridad**.

Desafortunadamente, por muy mala que haya sido la desigualdad antes de la pandemia, y como con tanta fuerza la pandemia ha expuesto las desigualdades en nuestra sociedad, **el mundo pospandémico podría experimentar desigualdades aún mayores a menos que los gobiernos hagan algo**.

La razón es simple: la covid-19 no desaparecerá rápidamente. Y **el miedo a otra pandemia persistirá**. Ahora es más probable que tanto el sector público como el privado se tomen los riesgos en serio. Y eso significa que ciertas actividades, ciertos bienes y servicios y ciertos procesos de producción se considerarán más riesgosos y costosos.

Si bien los robots contraen virus, son más fáciles de administrar. Por lo tanto, **es probable que los robots, cuando sea posible, al menos al margen, reemplazarán a los humanos**. El “zoom” sustituirá, al menos en el margen, a los viajes en avión.

La pandemia amplía la amenaza de la automatización de los trabajadores de servicios de persona a persona poco calificados que, hasta ahora, la literatura ha considerado menos afectados, por ejemplo, en educación y salud. Todo esto hará que disminuya la demanda de determinados tipos de mano de obra. Es casi seguro que este

cambio aumentará la desigualdad, acelerando, de alguna manera, las tendencias ya vigentes.

Nueva economía, nuevas reglas

La respuesta fácil es acelerar la mejora de las competencias y la formación junto con el cambiante mercado laboral. Pero hay buenas razones para creer que estos pasos por sí solos no serán suficientes. **Será necesario un programa integral para reducir la desigualdad de ingresos**.

El programa debe reconocer primero que **el modelo de equilibrio competitivo** (mediante el cual los productores maximizan las ganancias, los consumidores maximizan la utilidad y los precios se determinan en mercados competitivos que igualan la oferta y la demanda) que ha dominado el pensamiento de los economistas durante más de un siglo, **no proporciona un buen resultado**.

Esta es la imagen de la economía actual, especialmente cuando se trata de comprender el crecimiento de la desigualdad. **Tenemos una economía plagada de poder de mercado y explotación**.

Debilitamiento de las limitaciones del poder empresarial; minimizar el poder de negociación de los trabajadores; y la erosión de las reglas que gobiernan la explotación de consumidores, prestatarios, estudiantes y trabajadores han sumado juntos para crear **una economía de peor desempeño caracterizada por una mayor búsqueda de rentas y una mayor desigualdad**.

Necesitamos una reescritura integral de las reglas de la economía.

Por ejemplo, **necesitamos políticas monetarias que se centren más en garantizar el pleno empleo de todos los grupos y no solo en la inflación**; leyes sobre quiebras que estén mejor equilibradas, reemplazando aquellas que se volvieron demasiado favorables a los acreedores y proporcionaron muy poca responsabilidad a los banqueros que participaron

en préstamos predatorios; y leyes de gobierno corporativo que reconocen la importancia de todas las partes interesadas, no solo de los accionistas.

Las reglas que gobiernan la globalización deben hacer algo más que servir a los intereses corporativos; los trabajadores y el medio ambiente deben estar protegidos. **La legislación laboral debe mejorar la protección de los trabajadores** y brindar un mayor margen para la acción colectiva.

Pero todo esto no creará, al menos a corto plazo, la igualdad y la solidaridad que necesitamos. Tendremos que **mejorar no solo la distribución de ingresos en el mercado, sino también la forma en que los redistribuimos**. De manera perversa, algunos países con el mayor grado de desigualdad de ingresos del mercado, como Estados Unidos, tienen **sistemas tributarios regresivos** en los que los que más ganan pagan una proporción menor de sus ingresos en impuestos que los trabajadores que se encuentran más abajo en la escala.

Igualdad

Durante la última década, el FMI ha reconocido la importancia de **la igualdad para promover un buen desempeño económico** (incluido el crecimiento y la estabilidad). Los mercados por sí mismos no prestan atención a los impactos más amplios que surgen de las decisiones descentralizadas que conducen a un endeudamiento excesivo en moneda extranjera o a una desigualdad excesiva.

Durante **el reinado del neoliberalismo** no se prestó atención a cómo las políticas (como la liberalización del mercado de capitales y financieros) contribuyeron a una **mayor volatilidad y desigualdad.** O cómo hubo políticas como la jubilación con beneficios definidos, o de pensiones públicas a privadas que llevaron a una **mayor inseguridad individual**, así como a una **mayor volatilidad macroeconómica**, al debilitar los estabilizadores automáticos de la economía.

En algunos países, **esas reglas alentaron la miopía y las desigualdades, dos características de las sociedades que no han manejado bien la Covid-19**. Esos países no estaban adecuadamente preparados para la pandemia: construyeron cadenas de suministro globales que no eran lo suficientemente resistentes. Cuando llegó la covid-19, por ejemplo, las empresas estadounidenses ni siquiera pudieron proporcionar suficientes suministros de cosas simples como máscaras y guantes, y mucho menos productos más complicados como test y respiradores.

Dimensión internacional

La covid-19 ha expuesto y exacerbado las desigualdades entre países al igual que lo ha hecho dentro de los países. Las economías menos desarrolladas tienen peores condiciones de salud, sistemas de salud menos preparados para enfrentar la pandemia y personas que viven en condiciones que las hacen más vulnerables al contagio, y simplemente no tienen los recursos que las economías avanzadas tienen para responder a las consecuencias económicas.

La pandemia no se controlará hasta que se controle en todas partes, y **la recesión económica no se dominará hasta que haya una sólida recuperación mundial**. Por eso es una cuestión de interés propio, así como una preocupación humanitaria, que las economías desarrolladas proporcionen la asistencia que necesitan las economías en desarrollo y los mercados emergentes. Sin esa asistencia **la pandemia mundial persistirá más de lo que lo haría de otro modo**, entonces las desigualdades mundiales aumentarán y habrá divergencia mundial.

Si bien **el Grupo de los Veinte anunció que utilizaría todos los instrumentos disponibles para brindar este tipo de ayuda**, ésta hasta ahora ha sido **insuficiente**. En particular, no se ha empleado un instrumento utilizado en 2009 y fácilmente disponible: **una emisión de 500.000 millones de dólares en derechos especiales de giro (DEG)**.

Hasta ahora, no se ha podido superar la falta de entusiasmo de Estados Unidos o India. **La**

provisión de DEG sería de enorme ayuda para las economías en desarrollo y los mercados emergentes, sin costo o con un costo mínimo para los contribuyentes de las economías desarrolladas. Sería incluso mejor si esas economías contribuyesen con sus DEG a un fondo fiduciario que las economías en desarrollo utilizarían para hacer frente a las exigencias de la pandemia.

Las reglas del juego afectan no solo el desempeño económico y las desigualdades dentro de los países, sino también entre países, y en este campo las reglas y normas que gobiernan **la globalización** son centrales. Algunos países parecen estar comprometidos con el "nacionalismo de las vacunas". Otros, como Costa Rica, están haciendo todo lo posible para garantizar que todo el conocimiento relevante para abordar la covid-19 se utilice para todo el mundo, de manera análoga a cómo se actualiza la vacuna contra la influenza cada año.

Deuda

Es probable que la pandemia provoque una serie de crisis de deuda. Varios países tienen más deuda de la que pueden pagar dada la magnitud de la recesión inducida por la pandemia. Los acreedores internacionales, especialmente los acreedores privados, ya deberían saber que no se podrá sacar agua de la piedra. **Habrá una reestructuración de la deuda. La única pregunta es si será ordenada o desordenada**.

Si bien la pandemia ha revelado las enormes divisiones entre los países del mundo, es probable que la propia pandemia aumente las disparidades dejando cicatrices duraderas, a menos que haya una **mayor demostración de solidaridad mundial y nacional**.

Las instituciones internacionales, como **el FMI**, han proporcionado un liderazgo global, actuando de manera ejemplar.

En algunos países también ha habido un liderazgo que les ha permitido abordar la pandemia y sus consecuencias económicas, incluidas las desigualdades que de otro modo habrían surgido.

Pero por dramáticos que hayan sido los éxitos en algunos lugares, igualmente dramáticos son los fracasos en otros lugares. Y aquellos gobiernos que han fallado internamente han obstaculizado la respuesta global necesaria.

A medida que la evidencia de los resultados dispares se vuelve clara, **ojalá haya un cambio de rumbo**.

Es probable que la pandemia nos acompañe durante un tiempo y sus secuelas económicas durante mucho más tiempo. Todavía no es demasiado tarde para un cambio de rumbo, por supuesto.

Joseph Stiglitz, Profesor en la Universidad de Columbia y premio Nobel de Ciencias Económicas. Este artículo apareció en la edición de septiembre de la revista Finanzas&Desarrollo del Fondo Monetario Internacional.

Fuente:
https://www.pagina12.com.ar/289541-las-reglas-de-joseph-stiglitz-para-la-economia-pos-coronavir

Foto tomada de:
https://www.pagina12.com.ar/289541-las-reglas-de-joseph-stiglitz-para-la-economia-pos-coronavir